

## ESTA MALDITA NIEBLA

El jueves el General hizo ensillar el caballo negro.

En la madrugada habíamos oído el galope de una cabalgadura, la voz de los centinelas y un disparo. Después volvieron a oírse los cascos y en la corraleja relinchó una yegua.

—Es un caballo entero —dijo Carlos. Alguien viene de lejos.  
Después el sueño nos la ganó.

—Le debieron traer alguna noticia. Está inquieto. Se vistió desde temprano y se puso a mirar el terreno con el anteojo. De seguro que nada vio porque la niebla está dura. Aquí no más si apenas uno se ve las manos.

Se había levantado con lentitud, tercamente, desde el suelo y trepaba por los arbustos, espesa como agua de inundación. Se pegaba a las ramas, a los pies de los soldados, a las cantoneras de los fusiles. Uno la respiraba húmeda, caldosa.

No va a ver nada, mi General.

Pero el viejo seguía con el tubo pegado al ojo. Así era siempre.

—No verá nada —le decían y él parecía no oírlo.

Era agosto y primer menguante. La noche anterior la luna salió recortada y los centinelas tuvieron que aguzar más la vista. Casi que vigilaban con el mero oído. Para eso hay que conocer bien los ruidos. La gallina de monte, un fara, el zorro o las lechuzas desorientan al novato: Da el alto y dispara. Eso es como prender la hoguera. Los otros saben dónde está uno y con un poquito de tiento atraviesan la línea y clavan la bayoneta en el primer bulto. Por eso cuando sonó el tiro nos preparamos. Y solo cuando supimos que era un caballo entero volvimos a dormir.

—No ha debido disparar —dijo Carlos. —Nadie con malas intenciones galopa en caballo entero.

—Eso es cierto —añadió otro desde el fondo de la carpa, pero también podía hacerlo para despistar. Uno nunca debe dejarse envolver por las apariencias.

Nadie le contestó. Yo levanté una esquinita de la tela para mirar afuera. Estaba más oscuro que el fondo de una cueva. No había luna ni estrellas.

El caballo amaneció pastando entre los de la tropa. Saltó la corraleja, que era alta, y debió cubrir a las yeguas porque estaban ya tranquilas. Era como tres palmos más acuerpado que los otros y de pelaje color ceniza. Lustroso, de fuertes ijares y remos largos, junto a los otros animales llenos de mataduras, flacos y cansados, parecía como de mentira. Yo no había visto un caballo tan hermoso durante toda la guerra.

—Y además está entero — dijo Carlos. Y echa humo. Era como vaho lo que se desprendía de sus lomos, igual que si tuviera adentro una hoguera.

\* \* \*

—El maldito caballo trajo la niebla. Se vino con ella prendida desde los infiernos. Desde cuando llegó solo hay niebla. Llueve y no se despeja. Ventea y no se despeja. Y hay que verlo cómo humaradea. No es como los otros caballos.

Con la niebla no podíamos hacer nada. A veces limpiábamos hasta tres veces al día los fusiles. Podía pasárseles un guante blanco por entre el cañón sin que se ensuciara, pero el metal continuaba opaco. A las botas del General tampoco lográbamos sacarles brillo.

Durante ocho días apenas si era posible mirarse uno las manos y a dos metros de distancia no se veía siquiera la silueta de un árbol grueso. Se triplicó el número de centinelas pero era igual que nada. Todo el ejército enemigo hubiera podido desfilar por su lado sin ser visto.

Los animales no se movían ni cantaban. Olía a yerba podrida y a pantano.

El caballo ceniza continuó en el corral. Al principio intentaron enlazarlo pero su cuello rehuyó el lazo de los más diestros. Parecía ser de la misma materia de la niebla: los nudos resbalaban por ella sin atrapar nada. Y entonces la bestia hacía sonar la tierra bajo sus cascos, agitaba la crín furiosamente y caracoleando se ocultaba, se perdía entre la inmensidad gris, orgulloso y esquivo.

—Es el mismísimo demonio. No hay más que verlo. Es Satanás con pelo gris. Y viene porque vamos a tener desgracia.

Lo decía la tropa, o por lo menos, lo pensaba. El General Fábregas fue a verlo una vez y se quedó callado. No dijo siquiera: “Es bonito”. Se quedó con las palabras colgándole de la boca hasta cuando dejó de verlo.

Con la niebla pareció morirse la guerra. Ellos debían estar tan ciegos como nosotros y esperando a que despejara. Atacar un enemigo sin verlo es quemar pólvora inútilmente. Y como los fulminantes se deshacían entre los dedos, nadie hubiese podido disparar un fusil.

\* \* \*

—El General dio la orden de avanzar — dijo Carlos — vamos en patrulla. La niebla no puede estar en todas partes.

Lo decía como para consolarse. Otras veces habíamos ido en busca de sol y algunos hombres se perdieron. La niebla estaba en todas partes; nos envolvía como un sudario y solos, en medio de ella, oíamos cómo el alma dentelleaba por dentro.

—Si el General Camacho estuviera con nosotros ya hubiéramos salido de esto. El sabía cómo salir de la niebla.

Lo mataron en el Llano. Estaba chupando un limón cuando le descerrajaron el tiro. La fruta se le cayó de la mano. Dijo: “Carajo” y se quedó tendido, corcoveando. Con él anduvimos tres años. Casi todos los que duró la maldita guerra. Y no

perdimos batalla. Para el enemigo era la mismísima peste. Lo tuvieron que matar a traición, o si no, nunca se les muere.

—El nos hubiera sacado de aquí como nos sacó de Pajonales. Y no hubiéramos tenido que amarrarnos lazos para caminar entre la niebla.

Carlos iba delante de mí hendiendo la niebla con la cabeza como una quilla y conversando:

—Lo único que me gusta de esto es no estar cerca de ese maldito caballo. El diablo venía montado en él cuando lo tumbaron con el tiro y el animal se quedó solo con la niebla.

No hubo forma de callarlo. Después siguió hablando del General Camacho.

—Es cierto que el General Fábregas no es tan bueno, pero tal vez no tiene la culpa de la niebla.

Eso lo dije en alta voz para que los otros me oyeran, se les quitara el miedo y caminaran mejor.

Por la noche nos detuvimos. La niebla en torno de la hoguera tenía el color de la saliva de un herido. Yo me acerqué a Carlos y le pregunté que en dónde estábamos. Dijo: "Lejos" y se acercó a soplar el fuego para esquivar otra pregunta. La hoguera parecía un limón rojo.

Nos acostamos con las manos cogidas para sentirnos menos solos. Eramos ocho. Los demás se habían quedado quién sabe dónde. A media noche Carlos me tocó un hombro:

—Si el General Camacho estuviera aquí, ya hubiéramos encontrado el camino.

Asentí con la cabeza aunque no pudiera verme.

Pero lo mataron y nos quedó ese viejo terco. ¡Perra vida!

Le gustaba demasiado hablar de los muertos. Le rogué que se callara, que me dejara dormir.

—Está bien — me dijo —, pero alguien ha debido matar ya ese caballo. El trajo la niebla y él se la llevará. El General Camacho le hubiera pegado un tiro o se hubiera montado en él para domarlo.

A las cinco de la mañana sentimos el galope y supimos que era él por la manera como retumbaba la tierra. Estábamos desbaratando la tienda cuando lo escuchamos y lo vimos llegar, humeando. Los cascos golpeaban la piedra y ya no distinguíamos su galope de nuestros corazones. El General Camacho haló la brida cuando nos divisó; torció su camino y comenzó a alejarse. Con la mano diestra arrastraba la niebla como la cola de un inmenso cometa.

ANTONIO MONTAÑA